

Oseas Aponte Rojas
Lenin Oseas Aponte Abisrror
Cecilio Bettel Rojas Gutiérrez

TATASH

MISTERIOS ANDINOS Y
AMAZÓNICOS



© 2022, Tatash. Misterios andinos y amazónicos
© 2022, Oseas Aponte Rojas, Lenin Oseas Aponte Abisrro,
Cecilio Bettel Rojas Gutiérrez
Primera edición: octubre de 2022
Tiraje: 1000 ejemplares

Se terminó de imprimir en octubre de 2022
en los talleres gráficos del
Grupo Empresarial Quimérica S.A.C.
RUC: 20604916438
Domicilio: Jr. Pasco N°586 Urb. Pasco
Junín, Tarma, Tarma

Editado por Grupo Empresarial Quimérica S.A.C.
para su sello editorial *Ronin*
RUC: 20604916438
Domicilio: Jr. Pasco N°586 Urb. Pasco
Junín, Tarma, Tarma
Teléfono: 942164570
E-mail: oseasaponte76@gmail.com
Facebook: Editorial Ronin

Corrección de textos: Eric V. Álvarez
Diagramación: Leslie Arellán
Cuidado de Edición: Macckee Soto Aguirre

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2022-10746
ISBN: 978-612-48365-1-0

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático-digital.

A ti, Florida, con pasión
Chotis milenario de Llata-Huamalíes

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
TATASH. UNA COSMOVISIÓN ANDINA	13
TRILOGÍA DE AMIGOS	21
SÁBADO 4 HISTORIA FUNESTA	25
ENCUENTRO CERCANO	31
LOS CIENTÍFICOS Y EL BALSERO	37
LA BONANZA	41
EL SIRINGUERO HARAGÁN	45
LA QUEBRADA AMARILLA	51
PADRE E HIJO CON UN MISMO DESTINO	57
EL CALDO DE GALLINAZO	61

PRESENTACIÓN

Tengo el privilegio de pincelar esta introducción del libro ***TATASH. Misterios andinos y amazónicos***, que aborda invenciones de gran relevancia, relacionadas a la narrativa regional que forma parte de la selva del Alto Huallaga de la región Huánuco, Tingo María, y de Ucayali.

No solo complace la aparición de esta obra amazónica, sino también el nuevo rostro y espíritu de autores como Lenin Oseas Aponte Abisrro y de Cecilio Bettel Rojas Gutiérrez, quienes son miembros activos del Movimiento Literario Ronin-Ucayali.

Temáticamente, el libro revitaliza las aventuras del yo narrador. Presenta personajes patrimoniales acorde a las costumbres de distintos pueblos y comunidades que hacen un conjunto. Expresa lo heterogéneo de experiencias, anécdotas, misterios, aprendizajes y sabidurías ancestrales. Cada cuento es una vivencia pragmática. No solo se place de las historias, sino también de los modismos regionales.

Es este un libro transcendental para reconocer nuestra identidad y diversidad social, sobre todo como reacción del hombre con la naturaleza. He aquí *Tatash. Misterios andinos y amazónicos*, que trae una nueva visión para el público lector de cómo comprender el mundo a partir de la tradición cultural y literatura andina y amazónica.

Oseas Aponte Rojas



TATASH

MISTERIOS ANDINOS Y
AMAZÓNICOS

TATASH UNA COSMOVISIÓN ANDINA

Toponímicamente, el vocablo "tatash" proviene de dos voces quechuas: "tata", que significa el nombre de la papa y "ash" que quiere decir "acción". Gramaticalmente, la primera voz sería el sustantivo y la segunda, un verbo. Así, tatash significa "siembra de papas" o "papa sembrada". A partir de esta premisa, Tolkien señala: *"No desprecies las tradiciones que nos llegan de antaño; ocurre a menudo que las viejas guardan en la memoria cosas que los sabios de otro tiempo necesitaban saber"*.

La revitalización de tatash es a partir de la década de 1920, y su proceso de auge ocurre en 1940 como una danza popular que representa el cultivo de papas. Hoy es patrimonio cultural y se fundamenta de acuerdo con la cosmovisión e interculturalidad del centro poblado La Florida, de sus anexos de Chinchay Uckru, de Hualgoy-Huancabamba, refrenando por las faldas del cerro Huinao, lugar histórico, turístico y mirador de Florida, situado a la margen izquierda del río Tambos, hacia el norte de la ciudad de Lata ("Lactay, villa dilecta", "Morada de Halcón"), provincia de Huamalíes de la región Huánuco, Perú.

Representa a la fiesta patronal de Florida, que se desarrolla cada 30 de agosto, en homenaje a la virgen de Santa Rosa de Lima, principalmente como costumbre y tradición milenaria, cuya festividad se realiza con la participación de los pueblos anexos, con diversos actos, asistencia del sacerdote y acompañamiento de danzas, tales como pallas, Pizarro, corrida de toros, corrida cinta de caballos. Así, con su tradición originaria, no faltan sus comidas típicas como la pachamanca,

picante de cuy, locro de gallina y de sus bebidas ancestrales como el ashua, traducido en castellano como chicha de jora. Además, el tatash es chotis ganador de cada 28 de julio, por Fiestas Patrias, de la provincia de Huamalíes, y tiene varias representaciones y premios en los concursos de Huánuco.

El tatash es un festejo costumbrista que revela los acontecimientos originales del movimiento agrícola, tales como localización de tierras, roturación, eliminación de malezas, siembra y cuidado a través de la faena popular. Se refiere a una labor específica o trabajo en un área determinada llamada el *chaqmeo*, en castellano el surco. Autóctonamente, la preparación de tierra para la siembra y cosecha de la papa es en base a la chaquitacla, que es una herramienta típica y propia del hombre andino huamaliano. Asimismo, esta costumbre está relacionada con los valores ancestrales del pasado: el ayni y la minka o minca, ya que participan en la comparsa ancianos, jóvenes y niños con tareas específicas y administradas con típicos objetos que son herramientas de trabajo. Es decir, es un sistema de trabajo de reciprocidad familiar y entre los miembros de la comunidad que se realiza en honor del ayllu y del sol (inti).

Los personajes actores conforman de ocho a más labriegos provistos de chaquitaclas.

Los adultos realizan la función de chakmiadores con base en las chaquitaclas. Los adolescentes, generalmente conformados por mujeres y varones, hacen las veces de rapadores o semilleros. A estos se les conoce con el nombre de *chanquish*, que en castellano significa "gorriones". El *añas* o zorrillo en la literatura popular huamaliana es un personaje que

celebra la gracia, mala intención y astucia como símbolo del zorro andino; además, ha aparecido en la creación de innumerables mitos, leyendas y cuentos. *Un viejo y una vieja* con típica vestimenta de campesinos representan a los dueños del predio. Es decir, por lo general, un predio (o finca) es una extensión de tierra. A lo largo de la historia, se ha asociado la posesión de tierra con la riqueza, pero de acuerdo con el espacio del kay pacha, es un plano que representa el presente y todo lo que lo rodea. Se genera así el sumak kawsay (buen vivir) y la forma de construir las viviendas no puede estar alejada de la cosmovisión quechua. La *choza de paja y un perro piadoso*, con esta se complementa la comparsa, expresa la originalidad rural de la sierra florideña, huamaliana y huanuqueña. Por eso, la vivienda para los pueblos originarios representaba no solo el lugar donde guardarse, sino donde se desarrollan sus actividades en completa armonía con la pachamama o madre tierra para lograr el bienestar de todos sus habitantes. En consecuencia, toda construcción tenía como base una chakana en la cual estaba representada la conexión entre el taita inti (sol) y la mama quilla (luna) y los cuatro elementos: aire, fuego, agua y tierra, pues la sabiduría andina dice que, si se rompe la armonía de uno de estos, aparecerán las enfermedades.

En cuanto a las vestimentas, los agrónomos empíricos se cubren la cabeza con sombreros de paja, adornados con penacho de varios colores y cintas que terminan colgándoles por la espalda, camisa y pantalón blanco, chaleco negro, bufandas largas y anchas que terminan en cordones. En los pies llevan medias blancas, tejidas de lana de ovino y los pies con llanques de

jebe; una sarta de cascabeles de bronce debajo de las rodillas, bien amarrados y que dan armonía, melodías y ritmo por sus sonidos. También llevan fajas, así como cintas anchas de colores y una máscara de piel de chivo o de cabra madura. Los adolescentes, que hacen de *chanquish* o gorrión, se cubren la cabeza con velo rojo, llevando como excelencia el rostro imitado de este pájaro, al igual que las blusas y faldas de castilla, tejido de lana o llamado también bayeta, una cata en la espalda, unas canastas pequeñas con flores blancas y rojas que representan la semilla.

El zorrillo (años) se disfraza de un pantalón negro con rayas blancas, se cubre la cabeza con tela negra, el rostro con gasa blanca; lleva un sombrero negro y en las manos un frasco con líquido hediondo; las pezuñas delanteras del verdadero animal, "el zorrillo", esto para rascar el suelo cuando baila para desenterrar la semilla sembrada. El viejo, dueño de la chacra, viste poncho, manta cruzada por el hombro, pantalón largo de cordellate, máscara que expresa a un longevo campesino, sombrero de lana, una huaraca u honda, elaborada de lana de oveja y lleva en la mano para ahuyentar al años, un huallqui (bolsa para coca) y el ishcu puru (un frasquito con cal). La vieja lleva un sombrero (chuco) de lana, máscara que revela a una octogenaria, trenzas largas, blusa de color, manta de lana de carnero en la espalda y falda larga, llanques de caucho para proteger los pies, una bolsa de coca y un frasco con cal.

Las mudanzas de tatash son una trama colectiva, pulsando el reencuentro del cuerpo habitado y consciente con matices rítmicos de raíz folclórica, desde lo introspectivo a lo colectivo.

Pasacalle: es dirigido por los dueños de la chacra representados por una vieja y un viejo, seguidos por el garahuanco (encargado de cuidar la chacra), el garahuanco es un joven enamorado vestido de anciano, que cuando el patrón se descuida, inicia su astucia y galanteo para enamorar a la patrona. También acompañan los trabajadores conocidos como tatash y las chanquish (doncellas). Ellos recorren por toda la parcela cruzando la chacra manay.

Cuncha o concha: es donde los trabajadores descansan, y en medio de la chacra, se acomodan en círculo para chacchar su coca y recuperar energías perdidas en el trabajo anterior. Este descanso sirve para reabastecer a las mujeres de semillas de papa.

Chacra quichay: trabajo que consiste en voltear la tierra con la chakitaqlla (realizado por varones), las mujeres llamadas rapadoras apoyan en esta labor volteando la champa con una herramienta llamada calcilla.

Rahuay Jitay: consiste en romper los terrones de la chacra con la calcilla, para luego proceder con la siembra. Esta faena la realizan los dueños de la chacra. *Muruy*: actividad que es realizada por las chanquish. Ellas introducen la semilla dentro de la tierra, para que luego germine la semilla de papa.

Taqlla huarucuy: acción donde los comuneros se juntan en círculo para colgar los arados de pie en señal de que han concluido la siembra. Este acontecimiento es celebrado con satisfacción.

Añas huañu: etapa donde se elimina al zorrillo, a fin de garantizar una buena cosecha en la próxima temporada. Ya que este animal desentierra las semillas para poder alimentarse. A esta se suma como parte de la mudanza *el culu sutay* (limpieza del

terreno para luego sembrar), *la rueda* (algarabía de trabajo en unión), *la pirhua* (guardado del producto) y *ayhuallá* (despedida de toda una jornada agrícola).

Para la interpretación musical se utilizan instrumentos autóctonos, una "caja" (bombo) y un pinkullo (flauta andina), ejecutados por un maestro llamado "cajero". El pinkullo o pinkillo posee canal de insuflación, la dimensión del instrumento varía entre los treinta y cuarenta centímetros de largo y posee seis agujeros destinados a su ejecución. Su estructura es similar a la de la quena, pero en la abertura superior lleva una boquilla semejante a la flauta dulce. Consta de siete agujeros y se ejecuta en forma vertical. En la parte superior lleva otra abertura para armonizar. Es uno de los instrumentos musicales más completos y cumple funciones similares a las de las quenás. Instrumento andino de pico en el que el soplo es directo, proviene de las culturas aborígenes: quechua^{1*}.

En conclusión, enseñar y aprender la danza de tatash como costumbre ancestral es concientizar profundamente a las generaciones con base en la competencia lingüística y cultural. Al mismo tiempo, nos sirve como un puente para ir más allá del concepto occidental. Por ejemplo, uno de los medios para lograr dicha competencia es a través de la información de los abuelos y sabios de cada familia de la comunidad y fortalecer con la enseñanza en las escuelas, colegios y universidades.

Cummins (2003) menciona que *"el capital cultural y lingüístico de nuestra sociedad se mantendrá*

1* Contado por el sabio quechua Anastacio G. Aponte Claudio y Julio Aponte Rojas (nato de Florida Chotis milenario de Huamalíes-Llata). Escrito por el maestro, poeta, escritor e investigador Oseas Aponte Rojas.

significativamente, si abrimos los ojos en los conocimientos tradicionales e intelectuales que dicha cultura trae consigo".

Por eso, es trascendental seguir haciendo investigación que pueda contribuir al campo de la enseñanza y aprendizaje de las costumbres, porque nos permite la preservación de estas. Por ello, estos últimos años me he dedicado a la producción intelectual, a la investigación etnográfica para conocer de cerca a los pueblos indígenas. En especial, me he enfocado en el estudio de la cosmovisión de pueblo andino-amazónico, para fortalecer, preservar y transmitirla a las nuevas estirpes a través de la educación intercultural bilingüe de calidad.

TRILOGÍA DE AMIGOS

Oseas Aponte Rojas

A disímiles horas de aurora y ocaso de Pucallpa, maygushin favoreció nacer la nueva historia en casa roja del jirón Tamaya de la familia Apabis, que eran amantes de los animales. Los amos decidieron traer uno de raza collie para ser súbdito del histórico Rabito. Sin embargo, se preguntaban entre sí: *¿por qué no intentar vivir con más mascotas?* Por eso, decidieron tener un collie, Chiki, Chuki y un pitbull, pero el último llegó perdido de su destino. Sin embargo, los amos tomaron como familia y le dieron el nombre de gran Kutu/Nerón, cabeza de casa.

A partir de ello, aprendimos a vivir con tres ídolos que queremos como a nuestra vida. Con ellos ganamos cada día bendición y salud. Son machos muy exquisitos. Pero reza el dicho popular que "perros y gatos se llevan a rabiar". Es más un mito que una realidad. Cierto que Chiki, Chuki y Kutu no eran amigos.

Lo más escrupuloso del Chuki, Chiki y Kutu es que son de habla trilingüe. El primero es de stirpe shi-piñol-ataraya. El segundo un quechuañol-pucalpino y tercero pucalpino-portugués. Los tres tienen las formas de ver al mundo y relacionarse en casa de sus amos. Al pasar los días y meses, Chiki se sincera con los amos confesando que ahora sí tiene amigos, con quienes tiene que compartir su comida y el juego pelotero.

He allí que empieza la trama. Dice Ckiki: —No sé, pienso que nos puede arañar el gatuno. ¡Estoy alucinado! —No se preocupen—, dice Chuki, —intentaré

no gruñirles a usted y al Kutu. ¡Respetaré sus instintos de perros!

—¡Genial! Así nos gusta—, dijeron Chiki y Kutu. En eso, lamieron la pata de Chuki que todavía seguía sorprendido de la buena reacción del gato. A partir de esto, lo convirtieron las buenas vibras canino-felinas, desarrollándose una amistad entre las tres especies, que no es del todo imposible.

Lo curioso es que un Chiki es menos huraño, más complaciente y fiel... aunque en algunas situaciones sucede a la inversa. Todavía es un pipiolo que necesita, al igual que su amo, tener unas pautas y rutinas muy marcadas para encontrar el equilibrio y su felicidad. Un Chuki más autónomo e incluso un observador flemático de sus patrones. En sí, un calculador que busca controlar al máximo su entorno para saber dónde esconderse o huir en un determinado momento y alejarse del estrés. Mientras el Kutu tiene un carácter muy carismático y es amigable. Es un ser muy obediente y tranquilo, aunque no lo aparenta. En verdad, de las tres mascotas, el Nerón es más fiel, inteligente y amable con cualquiera.

Está demostrado que vivir con los animalitos es excelente porque son buena compañía y sirven de guardianes. Para adiestrarlos, es necesario darles órdenes claras y firmes para que se desarrollen satisfactoriamente, mas no se debe usar la violencia en ningún momento, sino serán criados como agresivos. Por último, quien se atreve a cohabitar con ellos tiene que ser empático en la forma de vida de los animales porque tiene varios componentes, entre ellos, horas de actividad, organización social, espacio vital, alimentación y defensa.

Al final, Chiki, Chuki y Kutu son idolillos que tienen una explicación sin límites frente a la actitud de sus amos de llevarse maravillosamente bien.

SÁBADO 4

HISTORIA FUNESTA

Lenin Oseas Aponte Abisrrior

En la profundidad de la selva peruana, en Loreto, existen distintas comunidades nativas y centros poblados que cuentan con algunas leyendas, historias y mitos que son parte de sus culturas. Los ancianos o viejos pobladores del caserío de Tipishca, en los años noventa, narraban la historia de dos hermanos: Erico y Tarisha, jóvenes educados, respetuosos y sobre todo sobresalientes en el colegio. Eran hijos de don Emiliano y de la vieja bruja doña Petronila, quien era su madrastra. Don Emiliano se caracterizaba por ser trabajador, además de querer mucho a sus hijos; mientras que doña Petronila no tenía remedio. Era una mujer muy arrogante y mal hablada por todos en el caserío, pero así era la convivencia. Doña Petronila tenía un problema, no digamos tan pequeño, pero la cosa iba en que no los quería a sus hijastros. Les tenía coraje. Los dejaba con hambre y los hacía sentir mal. Había veces que los jóvenes ni comían porque la madrastra no cocinaba nada para ellos; y para asegurarse de que no dijeran nada, los amenazaba de diversas maneras. Don Emiliano, poco a poco, se fue dando cuenta de lo ocurrido, pero no decía nada porque indicaba que cambiaría su actitud. Sin embargo, un día, cansado de los descuidos y maltratos a sus hijos, fue a enfrentar a su señora dejándole bien en claro que, si estaba con él, sus hijos merecían el mismo trato y respeto, pero si fuera de otro modo, terminaría por dejarla y botarla de su casa. Doña Petronila, viendo su bienestar, lo pensó muy bien

todo el día, así que a la mañana siguiente cambió su comportamiento y tuvo un pequeño cambio: era más amable y cordial, como si la Petronila desabrida y mala fama hubiera cambiado; pero esa actitud solo era por fuera, ya que por dentro tenía una colera inmensa hacia sus hijastros por aquella llamada de atención.

Un mes después de lo ocurrido, doña Petronila había estado planeando todo para deshacerse de Erico y Tarisha, así que un sábado por la mañana, después de que el papá se fuera, ella les dijo a sus hijastros si la podían acompañar a la chacra. Con artificios los metió en lo más recóndito del bosque. Los muchachos, sin miedo, siguieron a la madrastra. Tarisha tenía un presentimiento, así que antes de salir, tomó unos panes y fue dejando migajas por el camino. De esa manera, encontraría el regreso a casa.

Después de caminar horas tras horas hasta no poder más, los jóvenes estaban cansados. Viendo esto, doña Petronila empezó a ejecutar su plan pidiéndoles que se sentaran un rato, que la esperasen, ya que ella iba a continuar. Los jóvenes aceptaron y doña Petronila se esfumó entre la maleza. Pasaron las horas y doña Petronila no aparecía. Los chiquillos tenían mucho miedo, ya que iba a caer la noche, así que antes de que eso pasara, decidieron caminar de regreso a casa gracias a las migajas de pan que había dejado Tarisha. Los jóvenes estaban felices; sabían que en cualquier momento triunfarían y encontrarían a papá y le darían un fuerte abrazo, hasta que ocurrió lo impensado: las migajas de pan habían desaparecido como si la tierra se las hubiera tragado. Lo que ocurrió fue que los pequeños animalitos e insectos se las habían engullido cada vez que las ponía en el piso. Los jóvenes

estaban desorientados y ya había caído la noche con lo tenebroso y oscuro que era. Se subieron a un árbol de mango hasta llegar a la punta para refugiarse de los depredadores y animales rastreros.

Mientras tanto, en la casa el papá llegaba de un peliagudo día de trabajo para poder descansar y ver a sus queridos hijos, pero se dio con la sorpresa de que no había nadie. Ya eran las nueve de la noche y era extraño. Además, ellos casi nunca salían. Esperó un rato y a eso de las diez y media de la noche apareció doña Petronila, toda hedionda y con un machete en la mano, pero sin sus hijos. Don Emiliano estaba confundido, ya que no estaban con ella, así que fue y le preguntó si sabía dónde estaban sus hijos. Ella, con una mirada y una respuesta muy seca, le dijo: —No he visto nada y no sé dónde podrían estar—. Escuchando esa respuesta, don Emiliano se asustó un poco y fue donde su compadre Feliciano para ver si estaba jugando con sus hijos, pero cuando llegó, sus hijos no estaban. En ese momento sintió un mal presentimiento y su compadre le dijo: —¿Sucedé algo, compañero, te noto preocupado?—. Pero don Emiliano no dio respuesta, estaba atónito. En ese momento gritó: —¡Mis hijos!, ¡dónde están mis hijos! Compadre, mis hijos no están. Salí temprano a la chacra y ahora no están en la casa y mi mujer no sabe dónde podrán estar—. La esposa de don Feliciano exclamó: —Yo los he visto. Salieron muy temprano con su señora. Después de que usted se fue a su trabajo, se fueron en dirección a su chacra con un machete.

Fue a su casa a enfrentar a su mujer. Cuando llegó, la enfrentó: —La señora de mi compadre te vio llevándolos a la chacra. No me quieras ver la cara de estú-

pido—. En ese momento, doña Petronila quedó perpleja sin decir una palabra. Fue entonces que don Emiliano se dio cuenta de que estaba perdiendo tiempo valioso. Sin pestañear, fue en busca de sus hijos junto a unos amigos, pero antes le dejó bien claro cuáles serían las consecuencias de sus actos a doña Petronila.

Buscaron y buscaron por todos lados, hasta se separaron en grupos de cuatro para más efectividad. Fueron por las localidades cercanas y chacras para ver si habían visto algo, pero nada. Lo que les preocupaba más, eran los avistamientos de los pobladores. Decían que había dos tigres y que albergaban un vasto territorio poniendo en más riesgo el bienestar de los jóvenes.

Mientras continuaba la búsqueda, llegaba el día y con él la angustia de don Emiliano de no encontrar a sus hijos. Mientras tanto, los jóvenes extraviados intentaban encontrar el camino de regreso a casa subiéndose a un árbol para poder guiarse. A lo lejos, vieron una casa viejita de la que salía humo de la chimenea. Entonces, los jóvenes se emocionaron tanto que empezaron a caminar rumbo a dicha casa, cuando de pronto una pequeña ave salió volando de los matorrales con la finalidad de que se alejaran de ese lugar, pero los jóvenes hicieron caso omiso y continuaron su recorrido hasta llegar a dicha casa. Tocaron la puerta y salió una viejecita con un lorito en su hombro que siempre repetía —bienvenidos a esta dulce morada—. La viejita les preguntó el motivo por el que estaban ahí. Los jóvenes le contaron lo sucedido con su madrastra y la viejita sintió pena por ellos y los invitó a comer, ya que era el mediodía y no probaban ni un plato de comida desde ayer. Comieron y comieron hasta no poder más. Les dio un cuarto para que pudieran descansar, pero lo que no

sabían era que esa viejita era nada más y nada menos que la bruja blanca de los bosques que se transformaba en una tierna viejecita y prendía su fogata para atraer a sus víctimas a través del humo, haciéndolos pensar que había gente. Después les daba de comer hasta engordarlos y así engullía a sus víctimas.

Los jóvenes no presentían eso, pero la pequeña ave que se les apareció empezó a picar por la ventana del cuarto de los niños para que pudieran escapar. Erico se despertó y vio a la pequeña ave, así que decidió abrir la ventana y la pequeña avecilla empezó a revolotear por el cuarto. Erico no la entendía, hasta que decidió bajar a la cocina para ir por un vaso de agua. De repente, se dio con la sorpresa más desagradable de todas: la bruja blanca se estaba sacando su disfraz. Erico salió corriendo a donde estaba su hermano y le contó lo que había visto. Los dos jóvenes desesperados empezaron a buscar cualquier forma de salida hasta que la pequeña ave les dio a entender por dónde se podrían escapar. Salieron por una pequeña abertura de una ventana y escaparon de aquella casa. La pequeña ave los guio hasta un punto, ya que no podía salir debido a una maldición impuesta por la bruja. Los jóvenes estaban bien agradecidos con el ave. Caminaron poco a poco hasta llegar a la chacra de su papá. Aceleraron el paso, cuando de pronto los dos tigres salieron de la maleza y los jóvenes muertos de miedo empezaron a subir a un frondoso árbol de hojé, y desde ahí Erico empezó a gritar para ver si alguien los escuchaba. Milagrosamente, por esa zona el grupo de búsqueda que había conformado don Emiliano estaba pasando y escucharon los gritos. Enseguida corrieron en ayuda de los jóvenes y empezaron los tiros al aire con sus escopetas

haciendo huir a las feroces bestias. Al fin, después de pasar todas esas travesías, los jóvenes se encontraban a salvo. Hicieron el llamado a don Emiliano de que sus hijos ya estaban a salvo. Don Emiliano, muy feliz, fue a recibir a sus hijos. Mientras tanto, doña Petronila se fue de la casa y no se volvió a saber nada de ella. Erico y Tarisha no volvieron a sufrir más maltrato, además de nunca olvidar aquel fatal sábado.

ENCUENTRO CERCANO

Lenin Oseas Aponte Abisrror

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Pucallpa, vivía un señor de nombre Rolando, muy apuesto y trabajador, quien se casó con doña Rosario y tuvieron dos hijas, Quilla y Yadira, jovencitas estudiosas y responsables, aunque un poco inquietas. Don Rolando trabajaba en la chacra con su compadre Shamuco, sacaban yuca, plátano, mandarina, zapote y taperibas. Había ocasiones en que en las tramperas que dejaban caía un venado u otros animalitos y eso también llevaban. Las cosas iban muy bien; no les faltaba nada; la cosecha era exitosa y sobre todo la sachamama les regalaba carne.

La vida era buena, hasta que un día ocurrió lo inesperado. Cuando iban a dar un vistazo a la chacra, se encontraron un panorama algo fatídico. Una parte de la siembra de varios meses se encontraba quemada. Don Rolando y su compadre se pusieron a investigar aquella tragedia. Al echar un vistazo al perímetro y a la zona, se dieron cuenta de su error. Una noche antes, después del duro trabajo y el incontable cansancio, se decidieron a hacer una fogata pues el frío era intenso. Asaron majas y se pusieron a comer. Ya era tarde y los dos amigos decidieron ir a sus casas para no sufrir alguna enfermedad a causa del frío. Apagaron la fogata y echaron a andar. Los amigos cometieron un error al no apagar del todo aquellas brasas, eso, sumado al fuerte viento, abatieron con toda la maleza seca de la chacra, haciendo que se expandiera por una gran parte. Sin embargo, gracias a la lluvia, no toda la chacra se consumió.

Don Rolando y su compadre Shamuco se encontraban en una situación reñida. Se tomaron unos días para asimilar lo sucedido. Pasó el tiempo y las cosas empeoraron. Las ganancias eran bajas y también la producción. Estaban deprimidos, pues hasta los animales que se encontraban en la zona se habían ido por aquel incendio.

Una tarde, un compadre de don Shamuco, llamado don Feliciano, quien vendía carne de monte en el mercado, les propuso que juntos fueran a montear, ya que con ese oficio se ganaba hartó dinero. Don Rolando y su compadre dijeron: —Lo vamos a pensar. Te comunicamos mañana—. Luego, se marcharon a sus casas. Al llegar, platicaron un buen rato hasta llegar al punto de aceptar la oferta. Al día siguiente, don Rolando y Shamuco fueron donde don Feliciano a darle el visto bueno; entonces don Feliciano dijo que partirían de madrugada. —Partimos río abajo y no habrá problemas. Eso sí—, dijo don Feliciano, —tengo que advertirles sobre algo: los avistamientos de hombres encapuchados por las profundidades del bosque ya son más frecuentes. Los lugareños de las zonas están asustados ya que dicen que son los pelacaras. Hace unas semanas, a uno de sus pobladores lo han encontrado, a un viejo muy conocido llamado Altamirano en su propia chacra pelada toda su cara y también sus manos. Cuando vayamos, tenemos que escondernos muy bien, además de ir muy bien armados—. Entonces don Rolando y Shamuco dijeron que no había problema. Fue así que quedaron de acuerdo.

Por la madrugada, los tres amigos se preparaban para ir al monte. Doña Rosario estaba muy preocupada, ya que su marido no salía al monte por mucho

tiempo y eso la tenía angustiada. Por ello, antes de irse rezaron y doña Rosario le preparó su comida y le dio una botella llena de chapo para que no sintiera hambre.

Los amigos partieron hacia el monte, bajaron por el río, cada uno en su botecito remando y contando historias. Ya eran las cuatro de la madrugada y de pronto llegaron a una casita de madera a orillas del río. Don Feliciano ya tenía referencias de cómo era ese lugar: vendían licor, comida y otros utensilios, y no había por qué desconfiar. Don Feliciano decía que el dueño era un lagartero muy conocido y tenían una amistad.

Ingresaron los tres amigos y se pusieron a tomar un vaso de aguardiente cada uno para el frío. Cuando terminaron, los tres amigos estaban por irse y de repente apareció don Boris, un señor un poco subido de peso, pero de mucha chamba. Lo saludaron y se pusieron a tomar un traguito más entre los cuatro. Pasó una hora y ya eran las cinco. Los tres amigos se dieron cuenta de que era tarde y ya debían marcharse hacia el su punto de caza. Le dijeron a don Boris que ya se iban y que si no les gustaría acompañarlos. Don Boris les dijo que se quedaría un rato más. —Dos copitas y me voy; adelántense. Tal vez los encuentre mañana. Cuídense, hasta pronto—. Los tres amigos ya no insistieron más hasta que don Feliciano dijo: —Creo que me quedaré un rato más junto a don Boris. Adelántense—. Don Rolando contestó: —Compañero, estamos aquí por ti. ¿Cómo nos vamos a adelantar si no conocemos muy bien la zona? Ven con nosotros, nos puede pasar algo—. Entonces Feliciano respondió: —Tienes razón, mejor vámonos, tenemos que avanzar—. Así fue que los amigos continuaron con su reco-

rrido. Siguieron remando hasta llegar a un riachuelo muy angosto donde tuvieron que bajarse y continuar a pie a unos tres kilómetros a dentro. Caminaron y caminaron hasta llegar a un punto denso, como si en ese lugar no hubiera habido ninguna presencia humana. Don Feliciano les dijo: —Están de suerte. En estos tiempos hay bandadas de huanganas y la carne no es escasa. Con este viaje nos irá muy bien; habrá platita y no nos faltará por un buen tiempo—. Se pusieron a observar el campo a ver si había algún inconveniente. Pusieron tramperas para ver si caía algún animal. Después de eso, armaron sus carpas y atizaron una fogata, ya que hacía mucho frío. En la tarde se alistaron con sus armas y cada uno con un cuchillo, además de su infaltable fariña que los ayudaba a no tener hambre. Se adentraron en el monte por la orilla del río en busca de algún animal para poder cenar, ya que desde un día antes no comían nada, solo un pan con huevo que doña Rosario le preparó a don Ronaldo. Caminaron por unas dos horas y ya era de noche. Don Feliciano dijo: —Está buena la nochecita sin viento y luna. La noche nos sonríe. Va a ser fácil matar a los animales—. De repente, de entre las sombras salió un grupo de hombres bien encapuchados y con armas de largo alcance y una linterna de color rojo muy reluciente que apuntaba hacia el cielo como señal. Apareció una lancha de regular tamaño, con una luz reflectora muy potente que hacía que la noche pareciera día iluminado. En ese momento, los tres amigos sin perder el tiempo retrocedieron hacia un pequeño barranco donde la luz no llegaba. Con mucho temor y miedo se escondieron tapándose con hojarascas. Los hombres subieron a aquella lancha y se dirigieron con rumbo desconocido

río abajo, iluminando todo el bosque como si buscaran algo o a alguien. Al ver eso, los tres amigos dieron media vuelta a su campamento. Con mucho miedo, arreglaron todo, pero antes de irse fueron a revisar las tramperas a ver si habían tenido suerte para no llegar con las manos vacías. Al llegar, un añuje, un venado y un sajino habían caído en sus tramperas. Muy contentos, pedacearon los animales y echaron rumbo a sus casas. Al regresar, don Shamuco les preguntó a sus compañeros: —¿Qué habrá sido de Boris? Ya no logramos verlo más. ¿Dónde habrá quedado?— los compañeros se quedaron con esa incógnita. Cuando estaban a media hora de la cabaña de aquel día, se dieron con la sorpresa de que el bote de don Boris estaba flotando a la deriva, río abajo. Los tres amigos se sorprendieron, ya que en el bote no se encontraba Boris. Al revisar su bote, todo estaba en su lugar. Se asustaron y empezaron a buscar por todos lados para ver si se encontraba en algún lugar, pero nada, así que Shamuco dijo que tal vez estaría un poco más abajo y desganchó su bote. Siguieron bajando hasta que de pronto a lo lejos lograron ver en un pequeño descampado un cuerpo botado boca abajo. Los compañeros se asustaron y se acercaron a ver. Cuando llegaron, era lo peor que habían visto: era don Boris muerto y pelada su cara y sus brazos. Estaba ya casi irreconocible. Los amigos asustados salieron del lugar. Con mucho miedo, llegaron al caserío. Doña Rosario estaba confundida, ya que su esposo no había durado ni dos días y ya estaban de vuelta. Doña Rosario le preguntó a don Rolando qué había pasado para aquel regreso tal inesperado. Don Rolando, muy asustado, le contó lo sucedido y lo que habían pasado. Doña Rosario estuvo atónita por

algunos momentos. Don Rolando con los otros dos amigos fueron al pueblo a testiguar lo sucedido. Las autoridades fueron al lugar y levantaron el cadáver de don Boris. Lo que dijeron las autoridades fue que a don Boris lo habían matado con un puñal en el corazón, además, que antes de la tragedia él riñó duro para salvar su vida. Las cosas para los tres amigos no fueron las mismas. Shamuco y Rolando ya no quisieron ir al monte por todo lo que había pasado ese día. Se pusieron a trabajar en la chacra que tenían.

Pasó un tiempo y se logró recuperar lo perdido, los animales ya habían vuelto, todo estaba bien y don Feliciano se había vuelto socio y con su ayuda empezaron a crecer muy rápido las siembras. Después de las cosas que habían pasado, no quiso volver solo al monte, además, los montaraces habían escaseado por todo el tema de los pelacaras. El ir solo al monte era signo de muerte. Así pasó el tiempo y los tres amigos crecieron en la producción y tenían una vida tranquila como todos los demás.

LOS CIENTÍFICOS Y EL BALSERO

Cesilio Bettel Rojas Gutiérrez
Seudónimo: —"El Chamberito"

Los bosques son bellos, naturaleza que Dios hizo en la Tierra para el beneficio del hombre y otros seres vivos que habitan en ella, especialmente las plantas, a las que le damos uso en distintas formas, como la medicina, alimentos y vivienda.

Sucede que desde las épocas de nuestros ancestros la selva es una despensa para el hombre del campo, toda vez que se usa la gran cantidad de plantas que en ella existen, como medio de subsistencia, en la medicina natural de nuestros nativos, que son expertos en su uso para curar las enfermedades.

Un día llegaron dos personajes desconocidos por los caseríos de Corvina y Corvinilla Alta, naciente del caudaloso Rondos, que es tributario del río Monzón, dos sectores más alejados del distrito de Monzón. Las pocas personas que allí vivían estaban asustadas por la presencia inusual de estos ocasionales visitantes. Unos decían que eran terrucos; otros, pishtacos; otros, narcos; y todos estaban sorprendidos por la noticia, especialmente las mujeres y los niños, por lo que las autoridades del lugar acordaron platicar con los recién llegados. El teniente gobernador del lugar los saludó con amabilidad. —Buenos días, señores, ¿qué los trae por aquí?—. Los aludidos se identificaron como estudiosos de la naturaleza. —Queremos investigar plantas medicinales que existen en gran cantidad por estos lares. Con el uso de la ciencia y la tecnología podemos curar y salvar muchas vidas—, sentenció uno de ellos.

Las autoridades y los lugareños se sentían más tranquilos por la aclaración y seguían realizando sus actividades cotidianas. Dejaron trabajar a los científicos, quienes con el correr del tiempo se acostumbraron a la convivencia con los estudiosos que iban y venían de un lugar a otro recolectando plantas como el oje, uña de gato, manchinga, renaquilla, suelda con suelda, canela, hayahuasca, la mullaca, etc.

Estos médicos se ganaron el aprecio de las lugareñas por su conocimiento de la medicina natural e incluso usaron como prueba a los campesinos con algunas dolencias que padecían y muchos les decían —doctorcitos— y los quechuahablantes del lugar les decían —tayta ama kutiso markayquiman quedakushun—, que quiere decir —ya no vuelvan a su pueblo, quédense aquí—, pero ellos se reían a carcajadas porque no entendían nada.

Pero no todo es estático, siempre tiene su principio y su fin, su llegada y el regreso, ya que habían recopilado gran cantidad de información, no solo de la naturaleza sino también de animales silvestres, insectos benéficos, destructivos y los conocimientos rudimentarios y ancestrales de los ancianos lugareños sobre las bondades que ofrecían las plantas medicinales existentes en el lugar, y decidieron volver a la ciudad de Tingo María y luego a la capital de la república y acordaron hacerlo por el río Rondos. Usando una balsa de topas rudimentarias, embarcación que usaban los lugareños, contrataron a un experto tanganero del lugar: a don Marcelino Mirabal, a quien cariñosamente llamaban —don Mashico—. Él conocía muy bien la ruta de los ríos Rondos y Monzón, tributarios del Huallaga, y luego llegar a la ciudad de la Bella

Durmiente. Don Mashico cargó los equipajes de los estudiosos y les comunicó que estaba listo para partir. Se despidieron de la gente humilde y algunos dejaron escapar unas lágrimas.

Subieron los dos a la rudimentaria embarcación con la satisfacción de haber encontrado mucha información que ofrecía el manto verde de la selva alta. Comenzó la travesía. El campesino tanganeaba con precisión, sorteando con facilidad los peligros del torrencioso río Rondos y los científicos platicaban amenamente sobre su estadía en esos lares, pero uno de ellos era muy orgulloso y altivo, se jactaba de su vasto conocimiento adquirido en la universidad y se le ocurrió hacer preguntas al humilde balsero.

—Amigo Marcelino, ¿tú sabes cuánto dista el sol de la Tierra? —No, señor—, dijo con humildad el diestro tanganero. —Entonces has perdido la media vida—, se rio a carcajadas. El viaje continuó hasta entonces con tranquilidad y nuevamente otra pregunta del científico al balsero: —Amigo, ¿tú sabes quién inventó la pólvora? —No, señor—, fue la respuesta y nuevamente se reían a carcajadas los magnánimos de la ciencia diciendo —entonces has perdido la media vida.

Faltaba muy poco para llegar a su destino, pero tenían que sortear un mal paso llamado el Shamiro, donde los más diestros tanganeros había fracasado o perdido la vida por las inmensas olas que provocaba el remolino en la unión del Rondos con el río Monzón, y el humilde campesino que solo sabía labrar la tierra y manejar muy bien la balsa hizo denodados esfuerzos para dominar por el cauce correcto a la embarcación, pero la naturaleza es más fuerte que el hombre.

Entonces, el tanganero les preguntó: —Amigos, ¿ustedes saben nadar? —No, amigo—, fue la respuesta. —Entonces, mientras que yo he perdido la media vida, ustedes acaban de perder la vida entera—, dijo y se aventó al río. Nadó y se salvó, mientras los hombres de ciencia se ahogaron en el caudaloso Monzón, y con ellos su vasto conocimiento de la ciencia y su orgullo, olvidándose de una simple práctica: aprender a nadar.

LA BONANZA

Cesilio Bettel Rojas Gutiérrez
Seudónimo: —"El Chamberito"

Para el hombre se presentan tiempos buenos y malos, la riqueza y la pobreza, como le sucedió a don Víctor Alejo, campesino arribado de la serranía de Panao, cultivador de papas por excelencia. Nuestro personaje nunca había salido de su terruño. Se casó con doña Jacinta y tuvieron tres hermosos hijos. Era labrador de la madre tierra desde sus ancestros, pero todos tienen altibajos y ese año hubo sequía y helada en Huánuco, especialmente en Panao y Chaglla. No hubo cosecha de papas y otros productos. Toda la gente estaba muy preocupada por la baja economía para mantener a sus familias, pero también por aquellos lares vivía otro personaje, don Ambrosio Simón, quien tenía su fundo en la selva de Aucayacu, sembraba coca en grandes extensiones y era un hombre rico y siempre mostraba a sus amigos dólares a raudales. Don Víctor Alejo se encontró con el aludido don Ambrosio en el pueblo y le contó que en la selva se ganaba mucho dinero con facilidad. Don Víctor cabizbajo se retiró a su domicilio por el alarde de su paisano don Ambrosio Simón y en la casa le comentó a su esposa, doña Jacinta: —Me voy a la selva con don Ambrosio porque él dice que allá se gana dinero en poco tiempo. Yo trabajaré duro y traeré dinero para cubrir nuestras necesidades en nuestro hogar—. Ella estaba sorprendida por la noticia y le dijo: —Víctor, nunca has salido de nuestra comarca a otros sitios desconocidos y lejanos, yo no estoy de acuerdo, aquí no moriremos de hambre, sabemos que

Dios el Altísimo nos bendecirá—. Pero el padre de familia estaba decidido. Conversó con don Ambrosio y acordaron fecha para la partida hacia lo desconocido.

Por fin llegó el carro llamado el Pañaquito, al que subieron un buen número de campesinos reclutados por el patrón don Ambrosio para trabajar en su fundo de Aucayacu. La Jacinta y sus hijos abrazaron al buen padre y esposo con lágrimas en los ojos deseándole parabienes en la inhóspita selva y su pronto retorno. Don Víctor también dejó caer unas gotas de lágrimas y se subió al Pañaquito y este emprendió raudo por la carretera serpenteante y angosta, y al cabo de unas horas de viaje pasaba por la metrópoli de Huánuco, la ciudad de los Caballeros de León. Don Víctor divisó por última vez las altas cumbres de su natal Panao.

Seguía el viaje a la selva y llegaron al túnel de Car-pish, divisoria entre la sierra y la selva, y en unas horas de bajada llegaron a Tingo María, la ciudad de la Bella Durmiente, y a las cinco de la tarde divisaron Aucayacu, la ciudad de los tres ríos, y de inmediato don Ambrosio dio una orden a su capataz, un hombre de aspecto cadavérico llamado Sho Felipe. El aludido cumplió la orden de su patrón, los llevó al río Huallaga, lo subió a un bote motor y en la banda estaba esperando un carro que los llevaría a su destino final: la Primavera.

Cuando ya había oscurecido, se alojaron en un campamento, pues estaban cansados por el largo viaje, pero nuestro personaje no concilió el sueño por pensar en sus hijos y su mujer, a quienes nunca los había dejado solos, y al día siguiente muy temprano don Víctor se levantó y observó inmensas cantidades de sembríos de coca, materia prima para elaborar pasta básica de cocaína que se producía en grandes

cantidades y comenzó la faena de la cosecha de la hoja bendita de los incas.

Así pasaron días, meses y el patrón venía cada quince días a pagar los jornales a sus trabajadores y vender la cosecha. Nuestro personaje recibió por primera vez pago en dólares, algo que nunca en su azarosa vida había visto. A los seis meses, don Víctor decidió volver a su terruño a abrazar a su esposa y a sus hijos y llegó a su casa y todo era alegría por su retorno sano y salvo, y ya en la calle les contaba a sus amigos que en la selva se gana dinero a raudales y en son de broma les decía que en lo sucesivo llegaría con un carro último modelo y todos se reían a carcajadas. Él ya no tomaba aguardiente como antes, ahora bebía Pilsen.

Nuevamente planificó el retorno a la selva, pero esta vez ya no como peón sino a botar monte virgen y sembrar coca para él. Y así lo hizo. Se levantaba muy temprano, tomaba su desayuno, afilaba machete, hacha y a rozar monte, quemar, shuntear y sembrar coca por hectáreas, y al año siguiente ya era hombre rico. Tenía lo suficiente y llevó a su familia a la selva. Compró casa y bienes en Huánuco y llevó a su familia, y sus hijos estudiaban en los mejores colegios. Pero para reforzar sus conocimientos, contrató a profesores particulares, choferes para llevarlos al colegio y servidumbre en la casa.

El Estado peruano no podía controlar el avance desmesurado del narcotráfico que había tomado el control del Alto Huallaga. Los programas alternativos no daban resultado, los militares hacían un control disuasivo sin obtener resultado favorable. Don Víctor, después de ser peón ahora era patrón. En cada bolsillo no le faltaban fajos de dólares. Se volvió arrogante, jactancioso con los demás. El gobierno de aquel entonces

decidió implantar una política de erradicación total de los cicales en la selva. Usó un hongo llamado el fusarium spp, fumigó con avionetas y otros instrumentos sofisticados para este fin. Este producto químico usado no solo afectó a las plantaciones de coca sino a otros productos industriales como el cacao, café, plátano, yucas y otros productos de pan llevar, dejando al agricultor en la miseria y completo abandono.

Los cicales comenzaron a secarse por manchones y hubo una baja enorme en la producción de la hoja de coca y, por ende, en los dólares de don Víctor, quien sacaba quinientas arrobas a sesenta dólares la arroba. Se decía: —¿qué hago ahora? Ya no tengo dinero con qué pagar a mis trabajadores—. Y decidió vender todos sus bienes.

Pasó el tiempo, la chacra no aportaba nada, atrás quedaron los tiempos de bonanza, ya que las deudas lo agobiaban. Entonces decidió volver a su Panao querido junto a su familia y comenzar de nuevo sembrando papas como lo hacía diez años atrás. Ese retroceso en su vida representó para él una vergüenza, pero también un aprendizaje pues se dijo que solo aquello que se consigue con esfuerzo es lo que realmente vale la pena.

EL SIRINGUERO HARAGÁN

Cesilio Bettel Rojas Gutiérrez
Seudónimo: —"El Chamberito"

Las vivencias de los habitantes del Perú profundo son divergentes por costumbres ancestrales, unas son bizarras con proyecciones al progreso y otras taimadas, conformistas y haraganes. Esto le pasó a don Pedro Jaramillo, quien llegó a Tingo María procedente de Tantomayo, provincia de Huamalies, en busca de oportunidades de trabajo y fue reclutado por el empresario Jans Víctor Lagemack, quien era el concesionario, por aquel entonces, casi en su totalidad, de la provincia de Leoncio Prado, y en especial de nuestro actual distrito de José Crespo y Castillo para la explotación del jebe del árbol de la siringa que por entonces era el producto de mayor precio en el mercado internacional y mundial para fabricar los neumáticos de los vehículos, aviones y tanques en la segunda guerra mundial.

El empresario tenía varios campamentos, tanto en la margen izquierda como en la derecha del río Huallaga, como Mantaro, Primavera, Francisco Bolognesi, Magdalena, UTC Bambú, San José de Pucate (margen izquierda), Río Azul, Saipai, Shitarillo, Pacae, Cerro Azul, Maronilla, Pucayacu, Montaña Verde (margen derecha) y otro de los empresarios era Capellini, cuyos campamentos estaban ubicados en Palo Acero, Monzón Manchuria, Bella, Castillo Grande, Venenillo, Santa Marta y las montañas y en cada campamento había diez hombres para extraer el preciado látex.

A don Pedro Jaramillo le tocó Primavera y Bolognesi, y en el lugar conoció a Jesús Vega, natural de Pajarillo

Juanjuí. Él era un hombre muy lento y taimado en sus labores cotidiana. En el campamento todos preparaban su vitualla muy temprano y don Pedro Jaramillo lo hacía a partir de las cuatro de la mañana, para luego dirigirse a las estradas en los cerros y picar los árboles, ya limpiados desde el día anterior, y el trabajo solo se realizaba hasta las diez de la mañana. Después de esta hora, los árboles ya no vierten su preciado látex, pero don Jesús Vega no cumplía a cabalidad su trabajo. Se levantaba tarde, se quedaba durmiendo en el campamento o en algunas ocasiones iba a pescar, cazar animales del monte y tener suficiente vitualla y se conformaba con lo poco que poseía.

En cambio, don Pedro Jaramillo había ido a ganar dinero y llevar lo necesario para su familia en la serranía tantamaina, por lo que picaba temprano los árboles y luego recoger y llevarlo al campamento y preparar bolas y láminas para luego entregarlo todo a su patrón, que llegaba de cuando en cuando a recoger el producto para llevarlo a Lima. La rutina era días, meses en la inhóspita selva, con peligro del ataque del tigre, la picadura del temible shushupe, el jergón ofidio muy venenoso en la selva peruana. Cerca del campamento pasaba el camino vial hacia Bolognesi y la gente le puso como apodo a don Jesús Vega el —Siringuero Haragán—, porque siempre lo encontraban durmiendo en su campamento.

Pasaba la gente de ida o vuelta desde Bolognesi, caserío muy lejano de Aucayacu, pero el Siringuero Haragán solo se reía en la vetusta tarima de su campamento. Él estaba contento con la vida que llevaba, no tenía ninguna responsabilidad ni por quién preocuparse; solo agradecía a su creador por la cantidad

de alimentos que le proveía la naturaleza: carne, pescado, frutos al escoger. En muy pocas ocasiones bajaba a Aucayacu para comprar sus pilas, balas, cigarros, focos y su aguardiente que no le faltaba. Era una vida sedentaria a la que estaba acostumbrado.

El caserío de Bolognesi ya contaba con una escuela para dar educación a los hijos de los sirigueros y otras personas que habían migrado de la sierra peruana, para labrar la madre tierra, y con el correr del tiempo el Ministerio de Educación, a través del NEC (Núcleo Educativa Comunal) de Tingo María, designó al profesor Weider Gonzales como docente en esta lejana e inhóspita selva, quien organizó a la comunidad. Construyeron la escuela con material de la zona que abundaba en gran cantidad, matriculó para ese año a doce alumnos, trabajó duro para sacar adelante a la comunidad y en poco tiempo se ganó el cariño y respeto de sus habitantes. Les ayudaba a hacer sus documentos para las gestiones con sus autoridades, asistía a las reuniones, daba su opinión, era un hombre visionario y pensaba que su caserío debía ser ejemplo de desarrollo y progreso de otras comunidades del distrito.

La rutina del profesor era bajar al pueblo los viernes en la tarde y subir los domingos y comenzar sus actividades escolares el día lunes temprano, y muy pocas veces faltaba a sus labores, salvo hacer las gestiones en la NEC, porque él siempre decía que —con el ejemplo también se educa—. En Aucayacu lo esperaba su esposa doña Anatilde y sus dos hijas, quienes estaban contentas cuando llegaba a su casa el progenitor de sus días, agradecían al Creador por conservarlo y traerlo con vida a su querido esposo y padre de sus

hijas de tanto peligro que había en el trayecto; y los domingos era una tortura para la familia, el profesor se despedía de sus seres queridos con un beso y un abrazo diciéndoles que pidieran a Jehová que los conserve con vida.

Un domingo trágico, el profesor Gonzales se despidió como siempre de su familia diciéndoles que el viernes llegaría temprano. Partió con destino a Bolognesi. Caminaba dubitativo y cuando llegó al sector de la Primavera, al campamento del Siringuero Haragán, lo llamó: —Levanta ya ¡juu! ¡Haragán! Baja ya...—, le decía en son de broma y el aludido también se reía diciéndole: —Ya, profe, ya bajo—. El profesor seguía caminando y muy cerca ya a su centro de trabajo, sucedió el momento más trágico en la vida del docente. Tenía que pasar por un monte virgen, muy silencioso, donde solo se escuchaba el trinar del cauchero, ave mítica que solo vive en los montes más inhóspitos del Perú profundo. Seguía caminando, cruzó un riachuelo y presintió su cuerpo un posible peligro para su vida. Se paró, miró a su alrededor, dio un paso y nada, pero escuchó el rugido de un tigre que estaba encima de un árbol semicaído, listo para saltarle al cuerpo. Él dio unos pasos atrás, quiso correr, pero no tenía escapatoria. El felino se abalanzó al cuerpo de la víctima, pero logró meterse debajo de un árbol de pona con aletas espinosas. No le importó que las espinas le lacerasen el cuerpo, solo pensó en su esposa e hijas, en que ya no las vería nunca más. Él se defendía, aferrándose a la vida. Sangraba demasiado y en algún momento iba a desmayarse, pero sacaba fuerzas para resistir el acecho constante del felino dando sus rugidos en son de superioridad, dando vueltas alrededor de la pona

que protegía al profesor, quien pedía al Creador que le diera fuerzas para luchar hasta el último momento de su vida.

El Siringuero Haragán en su tambo pensó ir a cazar algún animal para su vitualla. Tomó su escopeta, la puso al hombro y se fue por el camino a Bolognesi y escuchó el rugido de un tigre. Se puso en guardia, caminó sigilosamente y vio un magnifico ejemplar dando vueltas sobre la pona. Apuntó y dio un tiro magistral, directo a la cabeza del animal, que se elevó para luego caer al suelo muerto, pero en la mente del profesor era un trueno o un rayo de luz.

El siringuero observó el cuerpo de una persona debajo de la pona. Era el profesor. Estaba muriéndose por la hemorragia ocasionada por las garras del dueño del monte. Lo cargó y lo llevó a su tambo como pudo. Sacó su única camisa, la hizo hilachas y la amarró como un torniquete para detener la sangre. Después corrió como centella a Bolognesi y dio aviso a la gente y la noticia corrió como reguero de pólvora en la comarca. Hombres, mujeres, niños y ancianos corrieron al tambo del siringuero. Todos lloraban como niños por la tragedia. Los hombres armaron una camilla rústica, colocaron al malherido y raudos lo llevaron rumbo a Aucayacu. No hubo cansancio ni fatiga, barro ni lluvia para estos campesinos; solo les interesaba salvar la vida de su maestro.

Llegaron al puerto de Aucayacu y luego lo llevaron al puesto de salud, donde los médicos y enfermeras pusieron todo su esfuerzo y conocimiento para salvar la vida y restablecer la salud del profesor. Después de horas de operación, salió el médico del nosocomio para comunicarles a los campesinos, quienes no

se habían movido para nada, que su profesor viviría. Todos gritaban y lloraban de alegría. —Gracias, Dios del cielo, has escuchado nuestra suplicas—, decía un padre de familia.

Al cabo de tres días de estar inconsciente, recuperó el conocimiento. El médico invitó a todos los campesinos a pasar y abrazar a su querido profesor. Allí estaba también el haragán. El profesor, dirigiéndose a él, le dijo: —Me salvaste la vida, amigo, no tendré cómo pagarte y a todos ustedes les debo la vida—, dijo el malherido. —No te preocupes, profe, tú también hubieras hecho lo mismo, todo es prestado en la vida—, dijo el Siringuero Haragán y lo abrazaron con la esperanza de ver sano al profesor y seguir trabajando en bien de la comunidad y la niñez de los parajes más recónditos de la selva, que es la misión que hemos recibido como maestros, y muchos han ofrendado su vida en aras de la educación, solo con este lema: "Donde hay un niño que educar, allí está un maestro".

LA QUEBRADA AMARILLA

Cesilio Bettel Rojas Gutiérrez
Seudónimo: — "El Chamberito"

La selva es todo un misterio; encierra acontecimientos inimaginables que solo los más bizarros hombres nos pueden contar. Esto le sucedió a don Ushico Rojas, experto cazador de animales silvestres en la zona de Palo Acero, Monzón. De cuando en cuando, él se adentraba en la inhóspita selva para cazar venados, picuros, sajinos, el coto mono y otros animales que tienen hasta hoy un precio elevado por su carne exquisita en los mercados de Tingo María y Monzón.

Cierto día, don Ushico Rojas volvió al monte para buscar una colpa, sitio especial para los animales y aves silvestres que por costumbre tenían que comer el barro arcilloso que contenía sal. Según los aborígenes, este barro ayuda en la digestión y el limpiado del estómago de los animales o aves de la selva, y todo cazador se dirige a ese lugar a hacer su chapana y solo esperar la llegada de diferentes especies de animales que pululan esa zona. Los loros lo hacían en la mañana, los animales más pequeños lo hacían por la tarde y los animales grandes como la sachavaca y el venado llegaban al lugar en la noche, pero las huanganas y los sajinos lo hacían a cualquier hora, por lo que nuestro personaje caminó despacio por la cabecera de Corvinita Alta, zona escabrosa y con pendientes muy pronunciadas. Ya era mediodía y el astro rey emitía su calor con fuerza. Seguía caminando como lo hacía siempre y no encontró nada, por lo que decidió volver a su casa, pero quería subir al cerro más alto y encontrar lo que estaba buscando. Al poco rato se dio cuenta de que

se encontraba en una selva totalmente desconocida y agreste, llena de árboles frondosos por donde no había entrado nunca y se preguntó: —¿Dónde estoy? Carajo... El cerro me ha botado lejos de mi zona, ¡ahora qué hago!—, y comenzó a deambular por el sitio desconocido. Él estaba perdido. El sol se despidió por las altas cumbres, y don Ushico Rojas, como buen montañero, buscó sitio para guarecerse, hacer su chapana en lo más alto de los árboles para evitar el acecho de los felinos. Por fin encontró lo adecuado, cortó largueras, sacó soga del monte, la amarró bien, se acomodó en el hospedaje inesperado y esperó la noche que ya se aproximaba con su manto lúgubre.

Don Ushico Rojas se instaló bien, prendió su cigarro mapacho, dio una bocanada y exhaló humo por la nariz y espantó a los fastidiosos sancudos. Luego, probó su linterna, cargó con balas a su fiel acompañante, su escopeta, lista para cualquier eventualidad en la noche. Estaba pensando en cómo salir de este embrollo y se quedó dormido. En su sueño se le presentó el hombre de las montañas, pequeño de estatura y barba muy crecida, y le dijo: —Yo soy el dueño de estos montes, tienes que obedecer lo que te digo o morirás. Cuando amanezca, sigue adelante, vas a cruzar tres quebradas y veras la inmensidad de la selva, y luego encontrarás lo que no buscas—, y desapareció. Asustado, don Ushico se despertó y dijo: —Este es el shapahico, pero a mí no me asusta. Dadas las circunstancias, tengo que obedecer, sino estoy perdido. Pero ¿cómo encontrar lo que no estoy buscando?—. Luego se durmió, y cuando abrió los ojos, ya era de día.

Bajó de su chapana y caminó horas; cruzó quebradas, cerros, pero todo era quietud, solo se escuchaba

el grito y garganteos de los cotomonos, el chirriar de las chicharas y el infaltable cauchero, ave mítica de los montes vírgenes que muy raras veces se deja ver. Don Ushico estaba perdido y no podía orientarse para salir a su trocha antigua. Ya era tarde, y por precaución buscó sitio para hacer su chapana y así lo hizo como buen montaraz. Llegó la segunda noche. Se sentó, acomodó sus cosas, cascó su coca y su infaltable cigarro, su escopeta que le daba valor y seguridad. No tenía sueño, pensaba en cómo terminar esta odisea y abajo en el suelo los animales iban y venían como quien desafía al cazador, pero este no tenía ganas de matar, solo pensaba en cómo salir librado de esa pesadilla. Se durmió y nuevamente en su sueño se le presentó el shapshico y le dijo: —Ya estás cerca de encontrar lo que no has venido a buscar. Sigue adelante—. Don Ushico se despertó asustado y dijo: —¡Otra vez! ¡Hijo de la guayaba! No tengo alternativa, le voy a hacer caso—, y otra vez se dio una pestañada.

Amaneció el tercer día. Acomodó su morral, puso su escopeta al ristre y emprendió raudo adelante como era la advertencia del barbudo. Subió un cerro y luego bajó a una pampa inmensa y encontró un tronco podrido de un árbol. Se subió encima y en esos momentos el supuesto tronco podrido se movió serpenteante y de inmediato se dio cuenta de que no era lo que estaba pensando. Era una boa de aproximadamente unos cincuenta metros de largo por dos metros de alto. Él nunca había visto un ofidio tan grande, solo lo sabía por los comentarios que hacían sus ancestros. Su corazón estaba acelerado, pero se recuperó y seguía caminando y escuchó la caída de una cascada o catarata de agua. Era una quebrada. Se asomó para tomar agua y observó piedras pequeñas

y grandes de color amarillo. Se atrevió a tocarlas y se dio cuenta de que era oro en gran cantidad. —Ahora me doy cuenta de que el diablo me quiere tentar para luego comerme, pero yo no soy tonto, recogeré lo que pueda cargar—. Así lo hizo. Puso en su morral unos cinco kilos de oro y caminó por la orilla de la quebrada amarilla. Todo era oro, pero él estaba convencido de que esa quebrada lo sacaría a un río más grande. Luego de unos minutos, escuchó el sonido de un río más grande. Era el Rondos, tributario del río Monzón. Don Ushico estaba alegre. Descansó un poco hasta que anocheció. Llegó a su casa, hizo su merienda y se durmió cansado de tanto trajinar, y en su sueño nuevamente se le presenta el shapingo y le dijo: —No cuentes a nadie lo que has visto y llevado; si lo haces, morirás—, fue la advertencia y desapareció. Don Ushico pensó en eso y no contó a nadie de su aventura. Escondió el oro, sacó un poco y se fue a Tingo María a vender y comprar lo que necesitaba para seguir cazando y pescando como era su oficio rutinario.

Nunca había visto tanto dinero en su bolsillo. Pensó en ayudar a los más necesitados, viudas, huérfanos y ancianos que había en Palo Acero. Así lo hizo, les dio dinero a los jóvenes para que siguieran estudiando, pero la gente se preguntaba de dónde sacaba tanto dinero este hombre. Pero sus amigos decían que don Ushico se había sacado la Tinka, y se reían a carcajadas. En una asamblea del pueblo, don Ushico Rojas propuso construir una nueva escuela para los niños y el alcalde se preguntaba: —¿De dónde sacamos la plata, don Ushico?—. Y para sorpresa de los asambleístas, sacó fajos de dinero para este fin y los puso en la mesa y les dijo: —Aquí lo tienen, señores, manos a la obra.

De inmediato, acordaron comenzar la obra: una escuela nueva para que los alumnos estudien cómodamente. Todos admiraban a don Ushico por esta Azaña, pero no todo es eterno, don Ushico se enfermó gravemente y murió. La población le hizo un entierro con pomposidad. Todos lloraban su partida al más allá, especialmente las viudas y los huérfanos, quienes habían recibido ayuda de este hombre en los momentos que más lo necesitaban. Lo enterraron como a un héroe por las obras que estaba dejando para el beneficio de las futuras generaciones del centro poblado de Palo Acero y el valle del Monzón.

PADRE E HIJO CON UN MISMO DESTINO

Cesilio Bettel Rojas Gutiérrez
Seudónimo: —"El Chamberito"

Los pueblos amazónicos, desde sus ancestros, siempre han utilizado a los ríos como medio de transporte para ir y venir de un pueblo a otro, como el Huallaga, el Marañón, Ucayali, Napo, el Coca, el Putumayo, todos tributarios del gran Amazonas que vierte sus aguas al océano Atlántico y, en nuestra zona, es el río Huallaga, que la gente ha utilizado y utiliza hasta hoy desde hace mucho tiempo e incluso ha servido para el nacimiento y fundación de muchos pueblos como nuestro querido Aucayacu y los pueblos del Alto Huallaga. Todas las personas se asentaron en su ribera: unos para cazar y pescar animales silvestres y peces y otros para la explotación de la siringa, y la mayoría para hacer chacra y sembrar productos de pan llevar porque sus tierras eran vírgenes, inhóspitas y peligrosas. También por esos años, Tingo María se convierte como el centro de entrada y salida tanto al sur, Huánuco, Monzón y por el norte Tocache, Juanjuí, Tarapoto y otros. Para llegar a estos pueblos, se usaba las balsas de topa y canoas ligeras, y aparecen los balseros, hombres expertos en el manejo de esta embarcación rudimentaria construida por gruesos árboles de topa hasta de un número de treinta y seis que servía para llevar hasta tres toneladas de mercadería, combustible, animales y hasta autos a Tocache, Juanjuí, Tarapoto e Iquitos, y que para llegar a su destino tenían que sortear tres peligros o mal pasos:

el Shamiro, la Muyuna de Anda y el Vaquero en el trayecto de Tingo María a Tarapoto.

También por esos tiempos hubo una migración masiva tanto de la sierra y con mayor incidencia gente de la selva, cada uno con su propia costumbre e idiosincrasia. Así llega por estos lares don José Vargas junto con su único hijo, Rafael, y se asentó en el actual caserío de San Martín de Pucate, sector El Azulillo, tierras fértiles, propicias para la agricultura. Don José primero construyó su casa grande cerca de la ribera del Huallaga para dar hospicio a los viajeros y balseros que atracaban siempre en su puerto, y a otros para reforzar la embarcación y no tener dificultades en la bajada al norte. Siempre nuestros personajes iban y venían de Tingo María, compraban sus víveres y otras necesidades y siempre estaban juntos, habían construido lazos de fraternidad muy sólidos entre padre e hijo.

Ya no tenían vituallas suficientes. El padre decidió enviar a su hijo a Tingo María con unos canoeros que estaban surcando. —Llévenlo a mi hijo y mañana cuando vuelvan también tráiganlo de vuelta, amigos—, les dijo como buen padre. —No se preocupe, don José, lo cuidaremos como a un rey—, dijo el diestro tanganero. Surcaron y al cabo de unas horas estaban en la ciudad de la Bella Durmiente, hospedándose en el único hotel, Palacios. En la noche salieron a visitar los centros de diversión y el muchacho se quedó en el hospedaje. Al día siguiente, hizo sus compras, los canoeros también, y al mediodía comenzó el regreso. La canoa estaba llena de mercadería para los comercios de Tocache. En el trayecto, los bogas iban contando cómo lo habían pasado con las mujeres y haber bebido

abundante cerveza. La bajada era tranquila y se preparaban para pasar el primer mal paso, el Shamiro. Allí todos los que pasaban se persignaban, encomendándole a Dios sus vidas.

Pasaron con tranquilidad, y cada uno se dio un respiro de alivio. Ahora faltaba otro mal paso. Seguía la travesía y ya se acercaba la Muyuna de Anda, otro comegente. Bogaron con denuedo poniendo todos sus conocimientos, pero el puntero hizo una mala maniobra y se le rompió su remo. El otro se esforzó tanto, pero allí estaba el peligro: las olas tremendas que ocasionaba el agua. Al chocar al cerro, las olas los envolvieron y se los tragó a los tres infortunados que se ahogaron en las aguas turbias del Huallaga.

En la casa, don José estaba esperando a su hijo, pero nada. El sol ya se ocultaba por el horizonte hasta el día siguiente y vino la noche. No podía conciliar el sueño y lo poco que hizo vio llegar a su hijo a la casa, pero se despertó y nada, todo era quietud, solo se escuchaba el graznido de las aves nocturnas como el tunche y los tucos. Amaneció y seguía esperando y se decía a sí mismo: —¿Qué ha pasado con los viajeros?, ¿el Shamiro o la Muyuna los han retenido?—. Ya al atardecer llegaron unos balseros y le comunicaron que el día anterior, un bote había virado en la Muyuna. Don José no podía creerlo. Comenzó a llorar como un niño. Iba y venía del puerto.

Anocheció y en su sueño su hijo Rafael llegó a la casa y le dijo: —Papá, vámonos de aquí; ven, papá, ven—, llamaba a su progenitor desde la orilla del río. Se despertó, corrió al río, pero nada, estaba alucinando don José. Todo el día estaba en el puerto esperando que el Huallaga entregue el cuerpo de su hijo. Ya en la

noche, don José ya no distinguía y vio en su sueño a su hijo en medio del río con brazos extendidos llamándolo: —Ven, papá, ven. Vámonos, papá—. Entonces, don José se dirigió al río, entró también con los brazos extendidos. Caminaba como un poseído y no se daba cuenta de que poco a poco su cuerpo fue engullido por las aguas. Al día siguiente lo encontraron a los dos, padre e hijo, en un cascajal, unos balseros que bajaban. Los enterraron juntos en la orilla del Huallaga, preguntándose quién será la próxima víctima del Shamiro, la Muyuna de Anda o el Vaquero.

No podemos burlarnos del agua y la candela, reza un adagio popular.

EL CALDO DE GALLINAZO

Cesilio Bettel Rojas Gutiérrez
Seudónimo: — "El Chamberito"

Los que han utilizado el río Huallaga como medio de transporte hacia el norte, allá por los años cincuenta, nos han dejado muchas historias y experiencias buenas y malas. Unas como ejemplo y otras para reírse y dejar de lado. Sucede que una embarcación con siete tripulantes, tres tarapotinos, tres cachicotinos y el patrón, bajaron de Tingo María a Tocache llevando mercadería para un comerciante de esa zona. El viaje fue un éxito. Sin novedad, entregaron la mercadería y luego se inició la surcada que duraba aproximadamente diez días a la ciudad de la Bella Durmiente, pero no tenían suficientes provisiones. Surcaban muy lento porque las aguas del Huallaga estaban crecidas por la incesante caída de lluvia en toda la zona. Atracaban la canoa en sitios estratégicos y esperaban la merma de las aguas. Surcaban un día o dos; después atracaban y así pasaron más de lo previsto y se terminó la vitualla. Lo único que quedaba era atracar y cazar animales del monte para la supervivencia hasta llegar a su destino final. Se quedaron en la boca del río Pucate. Armaron su eventual campamento y el patrón ordenó dos grupos: los montacos y serranos tarapotinos chichareros y cachicotinos coqueros por excelencia. Cada uno fue al monte en distintas direcciones, todos armados de sus escopetas y suficientes cartuchos para la cacería, pero antes el patrón les dijo: —Muchachos, no tenemos qué comer, cacen lo suficiente y debe ser para tres a cuatro días que nos falta para llegar. Traigan lo que encuentren a su paso. —Sí, tayta—, fue la respuesta y cada grupo

se adentró en el monte, pero como dijimos al principio, cada grupo tenía sus costumbres. Los montacos eran rápidos, listos y amigables, también chistosos. Los cachicotinos eran taimados, reservados y viciosos porque masticaban coca todo el día y parte de la noche aduciendo que les daba fuerzas para el tanganeo y no sentían hambre. El patrón se quedó solo en el campamento, botó su anzuelo y cazó dos sábalos. Los asó y almorzó bien. Luego se durmió hasta que llegasen los cazadores. Pasado el mediodía, llegó el grupo de los montacos cargando un sajino, un venado y dos coto-monos. De inmediato se pusieron a degollarlos para hacer el ahumado o carne seca.

Pero los cachicotinos no tenían signos de vida. Ya era tarde y no llegaban de la faena en el monte, simplemente no fueron a cazar, sino que se quedaron chachando su coca en monte. El patrón les dijo a los demás: —Estoy seguro que estos miserables no han ido a cazar animales porque están coqueando en alguna parte, estoy seguro que van a llegar sin nada, aduciendo que no encontraron ni un animal. Van a ver, estoy seguro. Pero les vamos a darle una sorpresa y ustedes ni una sola palabra, mutis todos. —Sí, señor—, dijeron los presentes. Estaban ansiosos de saber qué truco iba a hacer el patrón. Él agarró su escopeta y apuntó a un gallinazo que estaba posando en un árbol cerca del tambo y el animal cayó al suelo. El patrón ordenó a uno de ellos componer al gallinazo. —Haga una sopa en una olla grande, que hierba bien, échale grasa de ronsoco para que sea sabroso y estoy seguro que les va a faltar—. Así lo hicieron, la sopa estaba lista y al anochecer, llegaron sin nada. —No hemos cazado nada, patrón, el monte está vacío—, dijo uno de ellos. —¡Qué pena, muchachos, no importa! Comeremos lo que hay— dijo.

El dueño de la embarcación les dijo amablemente: —Muchachos, estarán cansados por tanto trajinar en el monte y les agobia el hambre. Tomen sopa de pava entera que han cazado sus compañeros, está rica—, y les entregó la olla con presas del malagüero. Entonces los cocaimanos saborearon el caldo, después la presa y verdad, les faltó la merienda. Estaban contentos de haber merendado pava y les agradecieron a sus compañeros y al patrón. —Gracias, taita, hemos comido bien—. —Gracias a Dios—, decían los mentecatos. El otro grupo se reía tapándose la boca y a la mirada de su patrón, se callaban. Luego cada grupo se acomodó en la playa observando el cielo estrellado del firmamento. Entonces, el patrón les dijo a todos: —Cada uno va a contar una historia de su vida, sea trágica o de felicidad—. Comenzaron los tarapotinos. Uno les contó haber visto ahogarse a su compañero en el Amazonas, otro contó que en la ciudad se confundió a un marica con una mujer. Se reían todos: el tercero les contó que su mujer se fue con otro y los cachicotinos contaron historias diferentes y casi todas trágicas, pero uno de los selváticos dijo: —Ahora le toca a usted, patrón—, entonces él les contó que una vez estaban surcando por el río Napo y no tenían nada que comer, entonces el jefe del grupo agarró su escopeta y baleó a un gallinazo y lo hizo caldo. Algunos no comieron, pero había un grupo de viajeros que sí porque estaban hambrientos. —Un momento, patrón, parece que nos has fregado—, dijo un coquero. —Lo que hemos merendado ha sido caldo de gallinazo—, y los tres comenzaron a vomitar en la playa toda la sopa ingerida. El patrón les dijo: —Todo lo que entra por la boca, no contamina. Tranquilos, muchachos—, y se reían a carcajadas y también los cachicotinos.

Tatash. Misterios andinos y amazónicos se terminó de imprimir en octubre de 2022, en los talleres gráficos de Grupo Empresarial Quimérica S.A.C.